tonales, de donde únicamente, y por ley natural e inconmovible, los sonidos pueden cumplir su función estética; hoy, cuando la mecánica y la electrónica han irrumpido con frialdad de acero en un mundo de análisis esquemáticos que hielan la divina chispa del desarrollo intuitivo, siguen viviendo, con iguales lozanía y anhelo de espiritualidad, aquellas obras que, como las del músico gaditano, tomaron su forma en los puros moldes de la belleza. Falla nos ha dejado su música y, con ella, el testimonio más elocuente de una imperecedera doctrina llena de vida y de generosa efusión.—JUAN ANTONIO CASTAÑEDA.

DOS ACADEMICOS

Con muy pocos meses de diferencia, los profesores don Luis Díez del Corral y don José Antonio Maravall han sido llamados a las Reales Academias de Ciencias Morales y Políticas, y de Historia, respectivamente. Y como tienen bastantes afinidades, vamos a glosar brevemente estas dos vidas, en cierto modo paralelas. Ambos son contemporáneos, destacados discípulos de Ortega, catedráticos de Historia de las Ideas y Formas Políticas y de Historia del Pensamiento Político Español en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Central, respectivamente.

Ambos han estado varios años en París, ejerciendo, como consejero cultural, el profesor Díez del Corral —que posee la Legión de Honor—, y como director del Colegio Español, el Dr. Maravall. También son ensayistas de alto bordo y autores de algunas magníficas monografías, además de representantes de un neto señorío intelectual. Fijémonos en estas dos últimas peculiaridades. Si la palabra jerarquía no estuviera tan desvencijada por el abuso irritante, sería cosa de escribir para reivindicarla, con fines primordialmente educativos. Los alevines patrios de intelectual —ya que darles el nombre de aprendices sería exagerado, teniendo en cuenta los ingredientes de sumisión y de heroísmo que late en todo aprendizaje y que la mayoría de los cuales no están dispuestos a aceptar de ningún modo— en su hipercrítica tan frívola como brutal, se dedican ahora, por ejemplo, a criticar el ensayo. Dicen que es poco firme; ellos quieren sólo rigor, exactitud. Caro Baroja hace algún tiempo arremetió también contra el ensayo basado en idénticas razones, sólo que, dichas desde su prestigio, suenan de modo diverso.

Sin desconocer los peligros del ensayo —el ensayismo precisamente que muchos usan casi con exclusividad en sentido peyorativo—,

hemos de reconocer, ante todo, que la moderna literatura española es predominantemente ensayista. Toda la generación del 98, desde Unamuno a las prosas de Machado, pasando por Maeztu íntegramente. Y todo Ortega, podríamos decir, y el Marañón literato. Y d'Ors. Costa y los regeneracionistas. Y algo de Pedro Salinas...; para más información, consúltese la Biblioteca de Ensayistas Hispánicos que dirige don Pedro Laín.

Pues bien; yo me atrevería a proponer a los que tan mal concepto tienen del ensayo que se enfrentaran honradamente con la obra de estos dos hombres. Porque los deseos polémicos podrían aplacarse plenamente al considerar que ambos también saben hacer precisa, concienzuda investigación. Libros como *El liberalismo doctrinario,* de Díez del Corral, que es seguramente la mejor obra sobre dicho tema, como creo lo reconoció el suplemento literario de *The Times. El concepto de España en la Edad Media,* que es ejemplo de la benedictina laboriosidad del profesor Maravall, hablan elocuentemente de cuanto afirmamos.

Díez del Corral ha publicado en 1954 *El rapto de Europa* (una interpretación histórica de nuestro tiempo), que va camino de editarse en siete idiomas, entre ellos el japonés, y que ha sido calurosamente elogiada por nombres como W. Röpke, Toynbee, Siegfried, Coplesto, Denis de Rougemont... El libro ha llegado en un momento sumamente oportuno: la minuciosa elaboración a que estuvo sometido ha sido bien pagada. En él se mantiene la tesis de la expropiación —el rapto— de la cultura europea por los pueblos no occidentales. Es una obra de síntesis hecha con garbo y manejando una bibliografía de primer orden.

Otras facetas del profesor Díez del Corral se ponen de manifiesto en ensayos como *La función del mito clásico en la literatura moderna,* que exige ser conocedor de dos amplísimos mundos literarios; en esta línea se encuentra alguna de sus intervenciones en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos. En interpretaciones del paisaje como *Mallorca* (premio nacional de literatura en el año 1942) o sus páginas sobre Ronda; en sus traducciones del *Archipiélago* de Hölderlíng... o sus *Ensayos sobre Arte y Sociedad,* ya que comparte con el profesor Maravall un sólido conocimiento de la pintura: recordemos la obra de este último sobre *Velázquez y el pensamiento moderno.*

Timbre de honor también para el profesor Del Corral es su labor en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas, que surgió de la nada y hoy debe de ser la mejor de su especialidad en España. Ritmo rápido y de alto nivel. Actualmente el profesor Del Corral trabaja en una extensa obra sobre tema tan sugestivo como actual como es Tocqueville.

Maravall se debió dar a conocer por sus trabajos en la última etapa de la *Revista de Occidente,* de tan gran importancia en la vida intelectual española. Algunos de sus artículos los hemos subrayado emocionadamente en nuestra adolescencia. Trataba sobre la conquista del sí mismo y se rotulaba briosamente *Incitación al Destino.* Maravall hacía críticas de libros variados, lo que probaba ya una amplitud de horizonte, característica de la avidez cultural de todo el orteguismo. Hacia la mitad de la cuarta década publica *Los fundamentos del Derecho y del Estado,* obra densa y que moviliza en favor de su tesis a lo mejor del pensamiento contemporáneo. En Maravall, que tuvo altos cargos en el Ministerio de Educación Nacional y fué catedrático de Derecho Político, vemos una evolución clarísima hacia la Historia, de la que por añadidura ha sido finísimo teorizador en una de sus últimas obras, *Teoría del saber histórico,* que publicó hace muy pocos años la Editorial *Revista de Occidente.* En ella expone una teoría de la Historia como liberación, de claro sabor orteguiano.

Para conmemorar el centenario del César Carlos publica un extenso trabajo sobre su pensamiento político en la colección del Instituto de Estudios Políticos, del que, al igual que su colega, es uno de los más activos miembros. Hace ya muchos años dió a la estampa *Teoría española del Estado en el siglo XVII,* que se acaba de verter al francés, prologado por Pierre Mesnard, autoridad en Ciencia Política. (Sería muy de desear una reedición de esta obra, completamente agotada, y también que su autor se decidiera, si no está ya en ello, como suponemos, a escribir una Historia del Pensamiento Político Español, obra de gran envergadura, desde luego, pues no hay ninguna, y cuya importancia, por tanto, es inútil ponderar.) Otras trabajos suyos son *El humanismo de las armas y de las letras en el «Quijote»* —el autor es catador de nuestros clásicos—, ediciones de obras de tratadistas políticos; así, por ejemplo, su introducción al *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del Gobierno español,* de Martínez Marina, y fecundo articulista de temas de su especialidad.

Cuando joven, deslumbrado por el atractivo de Ortega como tantos otros, se le acercó, y el maestro le puso una incitante dedicatoria en uno de sus libros y que sentimos no recordar textualmente (lo cuenta el propio interesado en el noble artículo que dedicó a la memoria de su maestro en el número homenaje de la revista *La Torre,* de la Universidad de Puerto Rico). Venía a decir que para un día ser resorte hay que estar enrollado, presionado sobre sí su tiempo. La dedicatoria magistral ha sido plenamente cumplida.

Habíamos indicado que diríamos dos palabras sobre el señorío de ambos colegas. Todavía recientemente, al publicar un artículo en honor

de un gran señor de nuestra Universidad, don Ramón Prieto Bances, catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Oviedo, que se jubiló hace un año, me permitía afirmar con pleno conocimiento de causa, dado mi excesivo peregrinaje académico, que nuestra Universidad era deficitaria de señorío. Algunas de mis afirmaciones pareció excesiva a una autoridad académica. Sin embargo, la realidad está ahí. Y el hecho mismo de que actitudes señoriales como la de los profesores citados destaquen tanto, prueba lo que decimos. El catedrático, empujado por la masificación o dejándose llevar por los malos hábitos contraídos en tiempos de económica penuria, se ha convertido en funcionario —salvadas todas las nobles excepciones que se quieran— para el que ya sabemos que, en general, lo supererogatorio sobra. Y esto, la amabilidad cotidiana, el don de consejo y de ciencia, la invitación al diálogo... es algo de que el alumno está codicioso y que todo el que tenga *venia docendi* debe ofrecer copiosamente.

Ahora que empieza a penetrar en España el neopositivismo, que desde la lógica va invadiendo muy diversas ciencias del espíritu; ahora, cuando la sociología se hace necesariamente quizá pero indiscutiblemente árida con tanta gráfica y estadística, es la hora de regocijarse con los continuadores más destacados de la mejor tradición ensayística española. Los que nos harán abrir libros apetitosos, bien escritos, actuales, y no echarnos a la cara símbolos y álgebras, formalismos desorbitados que llegan fácilmente a la informalidad y que nos fuerzan a ejercitarnos en la lectura del escrito cifrado, para usar la terminología de Jaspers, si queremos que no se nos caigan inmediatamente de las manos.

Incitamos a los Académicos electos a que sigan siendo fieles a su destino —nuestra mejor enhorabuena—, y que es a su vez el muy egregio de incitar a otros a cumplirlo. Y hasta en las mismas Academias, desde dentro, colaborar a realizarlo.—G. C.